

¿Caerá Occidente como cayó Roma?

La dominación mundial de Occidente podría llegar a su fin con el nacimiento de un sistema multipolar. Esto ya lo hemos vivido en Roma, según el historiador Peter Heather y el economista político John Rapley. En un agudo diálogo, exploran los extraños paralelismos entre el declive romano y la crisis que vivimos en la actualidad.



¿Por qué caen los imperios?
Roma, Estados Unidos y el futuro de Occidente
978-84-127166-6-5
224 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 23,95 €

Durante los últimos tres siglos, Occidente extendió inexorablemente su dominio sobre el planeta. Pero, de repente, con el cambio de milenio, este rumbo parece haberse invertido. Enfrentado a un escenario de estancamiento económico, división política y retroceso demográfico, Occidente parece precipitarse hacia un acelerado declive. No es la primera vez que la historia asiste a un ascenso y a una caída tan vertiginosos. El Imperio romano siguió una trayectoria similar, desde el poder casi omnímodo hasta la desintegración, algo que, tal y como este libro argumenta, es más que una curiosa coincidencia histórica. Desde el 399 al 1999, los ciclos vitales de los imperios siembran las semillas de su inevitable destrucción. Y si la era de la dominación mundial de Occidente ha llegado a su fin, ¿ahora qué? El historiador Peter Heather, experto en la Tardoantigüedad, y el economista político John Rapley exploran los extraños paralelismos entre el declive y caída de Roma y la crisis que vivimos en Occidente, yendo más allá de los tópicos familiares acerca de invasiones bárbaras y decadencia de la civilización, para extraer nuevas lecciones de la historia antigua. Si el ascenso de Roma al dominio mundial sirve para comprender el auge del Occidente moderno, su colapso permite identificar las claves de dicho proceso, y reflexionar sobre el surgimiento de pujantes periferias que desplazan al antes todopoderoso centro. En un lúcido y penetrante diálogo, los autores emplean la historia romana para considerar el momento actual y los posibles escenarios que se nos abren.



Peter Heather nació en Irlanda del Norte en 1960. Se licenció y doctoró en Filosofía en el New College de la Universidad de Oxford. Posteriormente, impartió clases en el Worcester College de Oxford, en la Universidad de Yale y en el University College de Londres. En enero de 2008, Heather fue nombrado director del Departamento de Historia Medieval y profesor de Historia Medieval en el King's College de Londres. Se centra en las postrimerías del Imperio romano.



John Rapley es un economista político especializado en desarrollo global, economía mundial e historia económica, y su vocación, y su vida, navegan siempre en la frontera entre la teoría y la práctica. Canadiense, inició su carrera académica en el departamento de desarrollo internacional de la Universidad de Oxford. Pasó las siguientes dos décadas de su vida en países en desarrollo, para acabar creando el *think tank* Caribbean Policy Research Institute.

En librerías el miércoles 2 de noviembre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Guillermo Escribano - Comunicación

Tel. 616 404 434 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



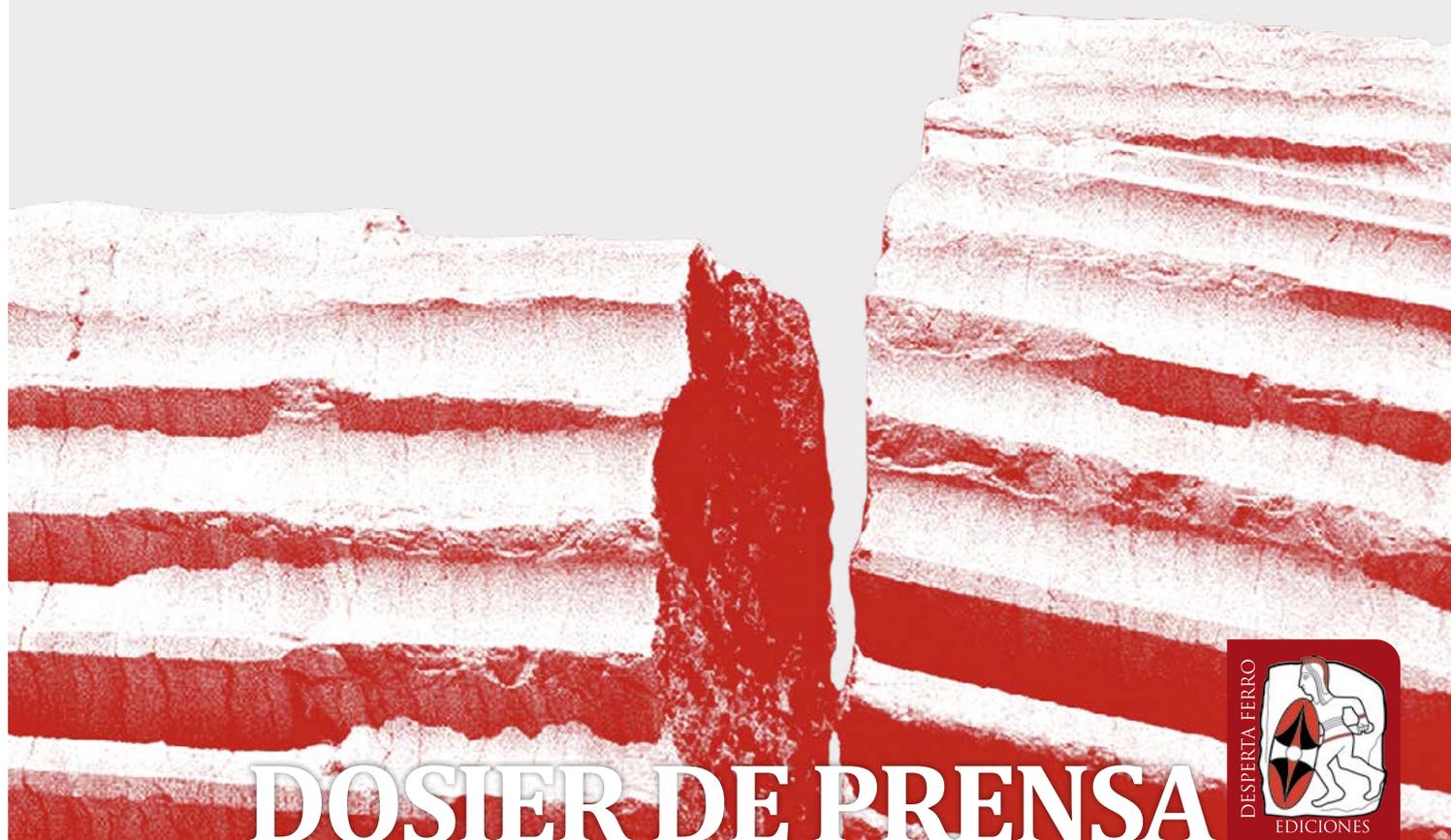
LAS CLAVES DEL LIBRO

Un agudo ensayo de historia comparada que analiza los paralelismos entre el declive de Roma y la actual crisis de Occidente.

Un lúcido diálogo de actualidad entre el prestigioso historiador Peter Heather, especialista en las postrimerías del Imperio romano, y el economista político centrado en desarrollo global John Rapley.

Una reflexión sobre el decaimiento de Occidente y el surgimiento de pujantes periferias desde el prisma de lo que ocurrió durante el final de Roma.

Un recorrido por los extraños paralelismos entre ambas épocas, yendo más allá de los clichés acerca de las invasiones bárbaras y la decadencia de la civilización.



DOSIER DE PRENSA

SE HA DICHO DE *¿POR QUÉ CAEN LOS IMPERIOS?*

«Una obra fascinante, informativa y profundamente reflexiva».
Linda Colley, *Financial Times*

«La erudición de Heather brilla a través de sus páginas...
una polémica interesante».
Simon Heffer, *Daily Telegraph*

«[Un] libro breve y provocador... con un giro novedoso».
The Economist

«[Un] libro fascinante».
Martin Wolf, *Financial Times*,
“Los mejores libros del verano de 2023: Economía”

«Un relato breve y sobrio (y aleccionador) de dónde estamos ahora
y hacia dónde podríamos dirigirnos... lúcido y absorbente... datos y
cifras asombrosos».
Carlos F. Noreña, *Times Literary Supplement*

«Dos eruditos experimentados abordan con lucidez los debates
contemporáneos sobre el futuro de Occidente y sus paralelismos con
el Imperio romano. Esto es historia comparada bien hecha».
David Potter, autor de *Disrupción: por qué cambian las cosas*

«Esclarecedor... El libro de Heather y Rapley no es pesimista. No
predice un colapso de Occidente análogo al trágico colapso de Roma
en el siglo V. Al contrario, ofrece una visión penetrante de la historia
de Occidente. La analogía histórica como herramienta para leer el
presente, de modo que pueda ayudarnos a evitar los
errores políticos del imperio tardío».
Carlo Rovelli, *Corriere della Sera*

DOSIER DE PRENSA



SUMARIO

¿Por qué caen los imperios?

Según sus autores



EN POCAS PALABRAS

¿Por qué el equilibrio del poder mundial ha experimentado un giro tan espectacular contra Occidente? ¿Es un declive que puede revertirse o es una evolución natural a la que Occidente haría bien en adaptarse?

Esta no es la primera vez que el mundo ha sido testigo de un auge y caída espectacular. El ascenso de Roma hacia lo que en su época se consideraría una dominación global se inició en el siglo segundo antes de Cristo y su hegemonía duró casi quinientos años, hasta que se derrumbó durante las centurias centrales del primer milenio de nuestra era. Aunque esto ocurrió hace 1500 años, este libro sostiene que el fin de Roma nos ofrece todavía hoy importantes lecciones para el presente y recurre al Imperio romano, y al mundo que este engendró, para repensar la historia en evolución y la situación actual del Occidente contemporáneo. No somos los primeros en pensar que el destino de Roma tiene algo que enseñar al mundo moderno; no obstante, hasta el momento, este solo ha movilizad su historia para ofrecer un diagnóstico extremadamente prooccidental.

Tal y como expresó el historiador Niall Ferguson en un artículo de gran repercusión mediática acerca de la masacre parisina de Bataclan en 2015, publicado en algunos de los principales diarios a ambos lados del Atlántico (en particular el Sunday Times y el Boston Globe), Europa, «con sus centros comerciales y sus estadios deportivos se ha tornado decadente», mientras permite entrar a «forasteros que codician su riqueza sin renunciar a su fe ancestral [...] al igual que el Imperio romano de principios

del siglo V, Europa ha consentido que se derrumben sus murallas». Tal es, concluye Ferguson, «exactamente como caen las civilizaciones». Aquí se inspira en la célebre obra maestra de Edward Gibbon, *Decadencia y caída del Imperio romano*, que argumentó que Roma sufrió una lenta erosión interna una vez dejó de resistir a los forasteros – una extraña mezcla de cristianos y bárbaros godos, vándalos y otros– que habían empezado a prosperar dentro de sus fronteras. Como si padeciera un virus que debilitaba poco a poco las fuerzas del anfitrión en el que se introducía, el imperio decayó poco a poco desde su Edad de Oro hasta que llegó a un punto en que perdió toda voluntad de vivir. La perspectiva básica de Gibbon –esto es, que Roma tenía en sus manos su propio destino– sigue ejerciendo influencia en la actualidad y, para algunos, Ferguson entre ellos, la lección es evidente. El antídoto al declive imperial es controlar las fronteras, mantener fuera a los «extranjeros», erigir muros y reafirmar la fe ancestral, además de adoptar un nacionalismo más potente y revisar los tratados de comercio internacional.

Por más poderosos que sean los tópicos manidos de los bárbaros invasores y la decadencia interna, lo cierto es que Gibbon escribió hace mucho tiempo; su primer volumen se publicó en 1776, el mismo año en que Estados Unidos se proclamó independiente. De igual modo, durante los dos siglos y medio transcurridos desde entonces, nuestras visiones de la historia de Roma han cambiado y nos ofrecen una perspectiva del todo diferente de la situación en la que Occidente se halla actualmente y de cómo será su probable evolución en las próximas décadas.

DOSIER DE PRENSA



UN DESARROLLO MÁS AMPLIO

Una potencial historia romana revisada que contribuya a una alternativa y descolonizada comprensión de la situación actual de Occidente quedó clara en una conversación entre ambos autores hace más de una década. Peter Heather es un historiador del mundo romano y posromano, con particular interés en cómo la vida en los confines de un imperio global transformó las sociedades situadas en su órbita. John Rapley es un economista político que investiga la experiencia sobre el terreno de la globalización en el moderno mundo en desarrollo. Tras una conversación que se prolongó durante toda una tarde, los dos vimos que habíamos llegado a conclusiones similares en relación con el desenlace de los muy diferentes imperios en los que trabajamos.

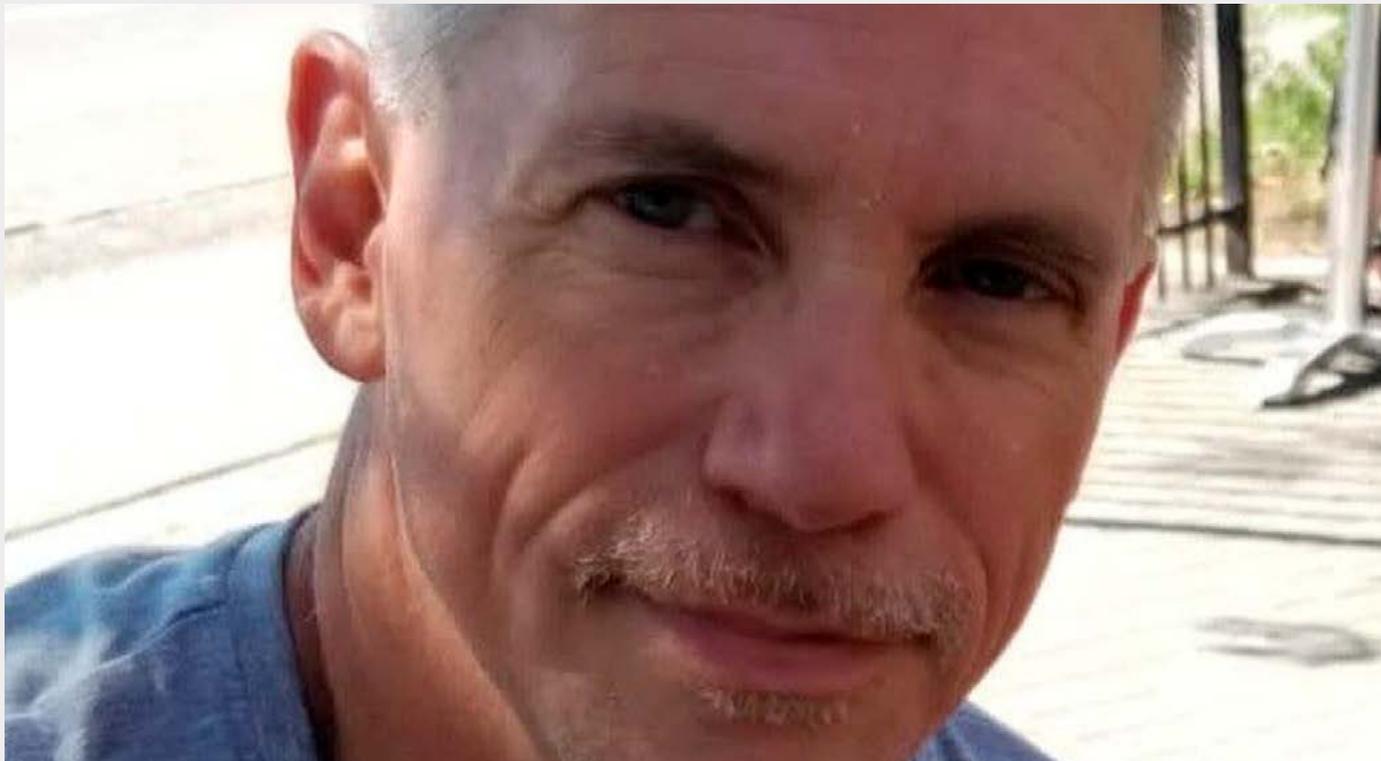
Lejos de determinar su propio futuro mediante decisiones y acontecimientos que tuvieron lugar dentro de sus propios confines, los dos considerábamos que, en lo fundamental, «nuestros» imperios empezaron a generar el fin de su propio dominio a causa de las transformaciones que desencadenaron en el mundo que los rodeaba. A pesar (y, a veces, a causa de) las profundas diferencias entre la Antigua Roma y el Occidente moderno, las dos historias se ilustran mutuamente. Existe un ciclo de vida imperial que comienza con el desarrollo económico. Los imperios empiezan a existir para generar nuevos flujos de riqueza para un núcleo imperial dominante, pero, al hacerlo, crean nueva riqueza tanto en las provincias conquistadas como en territorios más periféricos (tierras y pueblos que no están sometidos a colonización formal, pero que quedan sujetos a una relación económica de subordinación al núcleo desarrollado). Tales transformaciones económicas conllevan consecuencias políticas inevitables. Toda concentración o flujo de riqueza es un posible elemento constitutivo de un nuevo poder político para los actores que puedan explotarlo. Como consecuencia directa, el desarrollo económico a gran escala en la periferia inicia un proceso político que, con el tiempo, desafía el dominio de la potencia imperial que inició el ciclo.

Esta lógica económica y política es tan poderosa que hace inevitable un cierto grado de declive del viejo centro imperial. No es posible «hacer América grande de nuevo» (o el Reino Unido o la Unión Europea), porque el mismo ejercicio de la dominación occidental de los últimos siglos ha reorganizado las bases constituyentes del poder estratégico global sobre las que se asienta esa «grandeza». Esto también significa que los intentos desinformados de revertir dicho declive, al estilo de los que hemos visto en épocas recientes como la «América MAGA» o el Reino Unido del Brexit, solo se arriesgan a acelerar y ahondar el proceso. Sin embargo, el resultado final no tiene por qué constituir un desmoronamiento

catastrófico de la civilización con un declive económico absoluto y a gran escala, así como una dislocación general, sea social, política, e incluso cultural.

Como también recalca la historia del mundo romano, los imperios pueden responder al proceso de ajuste con toda una gama de medidas posibles, desde las profundamente destructivas a las mucho más creativas. El Occidente moderno está próximo al inicio de su proceso de ajuste; el mundo romano lo completó hace mucho tiempo y aquí, de nuevo, una comparación minuciosa nos ofrece importantes perspectivas. El verdadero significado de las trayectorias visibles de desarrollo hoy en Occidente –que, en la actualidad, están en un estadio relativamente temprano– pasa a primer plano cuando se comparan con los cambios a largo plazo observables en la evolución y descomposición del Imperio romano durante el medio milenio que siguió al nacimiento de Cristo.

Con el fin de explorar esta comparación en todo su potencial, este libro se divide en dos partes. La primera se vale de la historia de Roma para comprender el ascenso del Occidente moderno. Revela las sorprendentes semejanzas entre la evolución económica y política del mundo occidental de las últimas centurias y la del Imperio romano y analiza por qué su asombrosa dominación de la economía mundial ha experimentado un retroceso tan significativo y está abocada a seguir haciéndolo. No obstante, aunque el moderno desafío de la periferia en desarrollo está aún en una fase inicial, sí es posible explorar a fondo el papel del ascenso de la periferia en el debilitamiento del Imperio romano y en la generación de nuevos mundos durante la fase posterior al colapso imperial. Por tanto, la segunda parte adopta un enfoque ligeramente diferente: no es posible presentar en paralelo los dos relatos imperiales, pues uno de ellos está todavía lejos de haberse completado. Comenzaremos por examinar de cerca el colapso romano, con el objetivo de identificar los factores clave en juego en dicho proceso, mientras que en los capítulos restantes examinaremos la relevancia de cada uno de tales factores para el Occidente moderno y emplearemos las evidencias de la Antigüedad para considerar la gama de desenlaces a largo plazo –mejores o peores– que se barajan en la actualidad. Aunque no es posible hacer grande de nuevo a Occidente en el sentido de reasentar una dominación global incontestada, el necesario proceso de ajuste podría insertar lo mejor de la civilización occidental en el emergente nuevo orden global, o destruir toda esperanza de mantener la prosperidad de las poblaciones occidentales en un mundo reconstruido. En última instancia, como la historia romana remarca una vez más, el futuro de Occidente dependerá de las decisiones políticas y económicas que tomen sus ciudadanos y sus líderes en los años decisivos que nos esperan.



ENTREVISTA A JOHN RAPLEY

John Rapley es un economista político especializado en desarrollo global, economía mundial e historia económica, y su vocación, y su vida, navegan siempre en la frontera entre la teoría y la práctica. Canadiense, inició su carrera académica en el departamento de desarrollo internacional de la Universidad de Oxford. Pasó las siguientes dos décadas de su vida en países en desarrollo, para acabar creando el *think tank* Caribbean Policy Research Institute.

¿En qué contexto se publica este libro?

La periferia mundial está creciendo, y no se trata solo de Asia. De las diez economías del mundo que más crecerán este año, siete estarán en África. Por el contrario, seis de las diez economías con peores resultados del mundo están en Europa. Este es el aspecto que tiene el declive de un imperio, por lo que no debería sorprendernos que el peso mundial de Occidente esté disminuyendo.

Ya hemos visto historias similares muchas veces. Si hiciéramos una lista de todos los grandes imperios de la historia y luego observáramos cuáles de ellos siguen existiendo, tendríamos una idea de lo inevitable del destino. De hecho, el declive parece estar integrado en la economía del imperio, como Peter Heather y yo argumentamos en nuestro libro. Yuxtaponiendo las historias del Imperio romano y del Occidente moderno, sostenemos que se puede discernir un ciclo de vida imperial, que sospechamos firmemente que tiene una aplicación mucho más amplia que solo nuestros dos

casos. En su ascenso, los imperios organizan la explotación de sus periferias coloniales para enriquecerse, pero al hacerlo desarrollan inadvertidamente las economías de esas periferias. A largo plazo, esto confiere a estas últimas la capacidad de resistir y, finalmente, hacer retroceder la dominación imperial.

¿No puede resultar anacrónico hablar de imperios en el presente?

Calificar a Estados Unidos de imperio es sin duda motivo de controversia o al menos de confusión. Al fin y al cabo, Estados Unidos no reclama el dominio sobre ningún país e incluso ha instado a sus aliados a renunciar a sus colonias. Pero hay un precedente esclarecedor para el tipo de proyecto imperial que Estados Unidos forjó después de la guerra: el Imperio romano.

En el siglo IV, ese imperio había pasado de ser un Estado de conquista a uno en el que la Ciudad Eterna seguía siendo un centro espiritual, pero el poder real se repartía entre las provincias, con dos centros de autoridad imperial: uno en el este y otro en el oeste. A cambio de recaudar impuestos, las élites terratenientes provinciales disfrutaban de la protección de las legiones, su lealtad al imperio se cimentaba en una participación real en sus beneficios y en lo que el historiador Peter Heather denomina una cultura unificadora de latín, ciudades y togas.

Al igual que los Estados Unidos en la actualidad, Roma alcanzó un grado de supremacía sin precedentes

en su época. Pero la paradoja de los grandes sistemas imperiales es que a menudo siembran las semillas de su propia caída. Al enriquecerse y hacerse poderosa gracias a la explotación económica de sus periferias, Roma impulsó inadvertidamente el desarrollo de territorios más allá de sus fronteras europeas. Con el tiempo, las confederaciones más grandes y políticamente más coherentes que surgieron adquirieron la capacidad de contrarrestar –y finalmente hacer retroceder– la dominación imperial.

En este contexto, ¿qué papel desempeñan los movimientos migratorios desde las periferias?

Roma, cuenta la historia, fue derrocada por las llamadas invasiones bárbaras. La verdad es más compleja. En una sola generación caótica, alrededor del año 400, varias confederaciones cruzaron a la mitad occidental del imperio. En suelo romano, estos inmigrantes formaron alianzas aún mayores –como los visigodos y los vándalos–, demasiado poderosas para ser derrotadas por el imperio.

Algunos comentaristas se han apresurado a considerar la inmigración moderna en Occidente como una fuerza igualmente destructiva. Pero es una lección equivocada de la historia romana. Su economía era fundamentalmente agrícola y estable. Si una potencia ascendía, otra tenía que caer, ya que no se podía simplemente ampliar la base de recursos para mantener a ambas. Cuando Roma se mostraba incapaz de derrotar a los nuevos contendientes, perdía una fuente de impuestos de la que no podía recuperarse.

La situación actual es completamente distinta. Gracias al cambio tecnológico, el crecimiento económico ya no es un juego de suma cero, posible en un lugar pero no en otro. Aunque los países occidentales ya no dominan la industria manufacturera y los servicios, aún conservan una ventaja en las industrias intensivas en conocimiento, como la inteligencia artificial y la farmacéutica, o allí donde han creado valor de marca, como en los artículos de lujo, los deportes y el entretenimiento. El crecimiento económico –aunque sea más lento que en la periferia– puede continuar en Occidente.

Pero necesitará trabajadores. Dado que las sociedades occidentales, con tasas de natalidad en descenso y poblaciones envejecidas, no están produciendo suficientes trabajadores, estos tendrán que proceder de la periferia global, tanto los que emigren a Occidente como los muchos más que se queden en casa para trabajar en empresas que sirven a las cadenas de suministro occidentales. La emigración pudo haber erosionado

la riqueza del Imperio romano. Ahora es lo que se interpone entre Occidente y el declive económico absoluto.

Entonces, ¿dirías que el proceso implica más que un desplazamiento poblacional?

Al principio, estos protoestados carecen de capacidad para funcionar como algo más que débiles clientes del imperio. Pero con el tiempo, a medida que acumulan, adaptan y dominan las tecnologías del imperio, desde las armas hasta los procesos administrativos, el desequilibrio se inclina gradualmente. Con el tiempo, los Estados periféricos adquieren la autonomía y la capacidad necesarias para llevar a cabo la convergencia económica que señala el declive del imperio. Ahí es donde se encuentra Occidente hoy en día.

Para Estados Unidos, es un cuento con moraleja. Al responder a la inevitabilidad del ascenso de Chi-

na, Estados Unidos debe preguntarse qué amenazas son existenciales y cuáles son meramente incómodas. Hay peligros acuciantes a los que se enfrentan tanto Occidente como China, como las enfermedades y el cambio climático, que devastarán a toda la humanidad

a menos que las naciones los aborden juntas. En cuanto a la creciente militarización y beligerancia de China, Estados Unidos debe plantearse si realmente se enfrenta a la trampa de Tucídides de una potencia en ascenso o simplemente a un país que defiende sus intereses cada vez más amplios.

Si Estados Unidos debe enfrentarse a China, ya sea militarmente o –esperemos– solo diplomáticamente, heredará grandes ventajas de su legado imperial. El país sigue teniendo fuentes de poder con las que nadie puede rivalizar seriamente: una moneda que no se enfrenta a ninguna amenaza seria como medio de cambio mundial, las profundas reservas de capital gestionadas en Wall Street, el ejército más poderoso del mundo, el poder blando que ejercen sus universidades y el vasto atractivo de su cultura. Y Estados Unidos aún puede recurrir a sus amigos en todo el mundo. En conjunto, debería ser capaz de reunir sus abundantes recursos para seguir siendo la primera potencia mundial.

Sin embargo, parece que este declive de Occidente no es una cuestión del siglo XXI, que tiene un poco más de historia...

Puede observarse en el periodo moderno. En las primeras décadas posteriores a 1945, cuando muchas de las colonias europeas lograron su independencia, heredaron

«Al igual que los Estados Unidos en la actualidad, Roma alcanzó un grado de supremacía sin precedentes en su época. Pero la paradoja de los grandes sistemas imperiales es que a menudo siembran las semillas de su propia caída».

de los regímenes salientes estructuras bastante rudimentarias, escasas finanzas y una capacidad administrativa limitada. Así que, mediante golpes de Estado ocasionales o la aplicación de sanciones económicas, los gobiernos occidentales podían acabar con los gobiernos rebeldes. De hecho, habían externalizado el coste de la administración al tiempo que preservaban un sistema económico imperial, organizado en torno a un régimen comercial y financiero mundial que seguía beneficiando desproporcionadamente a los países occidentales. Pero, con el tiempo, muchos Estados periféricos maduraron y se convirtieron en regímenes más seguros, con burocracias experimentadas y capaces, adquiriendo gradualmente la capacidad de resistir o incluso hacer retroceder la dominación occidental.

«Los gobernantes de los Estados de la periferia global actual no tienen ningún interés, ni ninguna necesidad, de organizar incursiones en suelo occidental. La mayor migración de la historia de la humanidad lleva décadas produciéndose».

de obra en declive, muchos miles de millones que han abandonado las granjas del mundo en desarrollo en busca de mejores oportunidades se han reunido en las ciudades costeras y ribereñas de la periferia mundial, donde sus gobiernos están encantados de retenerlos.

Entonces, ¿llegan o no llegan los bárbaros?

La extrema derecha lleva años gritando que los bárbaros están a las puertas, ya sea en pateras que llegan a nuestras costas o en salas de conciertos atacadas por terroristas islamistas. Pero cuando Boris Johnson y los de su calaña dicen que la "migración descontrolada" derribó el Imperio romano, están extrayendo de la historia una lección totalmente equivocada. Los movimientos de población que derribaron Roma estaban, de hecho, muy controlados, como lo están los de hoy, aunque con fines muy diferentes.

En la antigüedad, la tierra era la principal forma de capital. Como la tierra es inmóvil, la mano de obra se desplazaba, en forma de asentamientos romanos en la periferia y de importación de esclavos de la periferia en la fase ascendente, y en las invasiones bárbaras en la fase

descendente. Lo que hizo posible esas invasiones fue la conversión gradual de la creciente prosperidad de la periferia de Roma en poder político. Cuando los Estados emergentes que controlaban estas poblaciones sintieron la presión en sus propios flancos traseros, desencadenada por las invasiones hunas, se trasladaron a suelo romano y comenzaron a dividir el imperio. Mientras que los intentos anteriores de asaltar el imperio habían provocado respuestas punitivas, en el siglo V la escala y el alcance de la resistencia periférica eran tales que desbordaron las defensas imperiales.

Uno de los primeros signos de esta periferia más asertiva se produjo en la conferencia de la Organización Mundial del Comercio celebrada en Seattle en 1999. Un grupo de países en desarrollo unió sus fuerzas para interrumpir el proceso, poniendo fin a la antigua práctica de un puñado de aliados occidentales que elaboraban un proyecto de acuerdo para presentarlo a los delegados. Desde entonces, los países en desarrollo han reducido gradualmente su dependencia del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, han creado instituciones de crédito y han empezado a experimentar con acuerdos comerciales que reducen su dependencia del dólar.

Sin embargo, los gobernantes de los Estados de la periferia global actual no tienen ningún interés, ni ninguna necesidad, de organizar incursiones en sue-



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Mapas

Introducción. *Siga al dinero*

PRIMERA PARTE

- 1 Una fiesta como la de 399...
- 2 Imperio y enriquecimiento
- 3 Al este del Rin, al norte del Danubio
- 4 El poder del dinero

SEGUNDA PARTE

- 5 Todo se derrumba
 - 6 Las invasiones bárbaras
 - 7 El poder y la periferia
 - 8 ¿La muerte de la nación?
- Conclusión. *¿La muerte del imperio?*

Lecturas complementarias

Índice analítico



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 1

UNA FIESTA COMO LA DE 399...

En su discurso del estado de la Unión de 1999, el presidente estadounidense Bill Clinton transmitió con optimismo que los buenos tiempos nunca terminarían: «Las posibilidades de nuestro futuro son ilimitadas», declaró. Con los economistas diciéndole que se había consolidado una «Gran Moderación», una era de estabilidad económica que generaría un crecimiento sin fin, su Administración llegó a la conclusión de que el superávit gubernamental pronto alcanzaría billones. Clinton urgió al Congreso a verter parte de esta enorme reserva de dinero en pensiones y sanidad y su secretario del Tesoro anunció que, después de décadas de incremento del déficit, Estados Unidos comenzaría, al fin, a liquidar las deudas acumuladas por sus gobiernos durante los dos siglos precedentes y a poner más dinero en el bolsillo del estadounidense de a pie. Mientras tanto, al otro lado del Atlántico, el gobierno del Nuevo Laborismo de Tony Blair captó el espíritu de los tiempos y lanzó un enorme y ambicioso programa de expansión de los servicios públicos, mientras que la Unión Europea, llena de autoconfianza, se dispuso a acoger a buena parte del antiguo bloque soviético en el elitista club de las democracias occidentales.

Pocos años después, tal optimismo se evaporó. La crisis financiera global de 2008 fue seguida de inmediato por la Gran Recesión y luego por el Gran Estancamiento. Apenas una década después del clímax de 1999, el porcentaje de producción global de Occidente se redujo en un cuarto: el 80 por ciento del Producto Global Bruto (PGB) se convirtió en el 60 por ciento. Y aunque gobiernos y bancos centrales contuvieron los peores efectos inmediatos del crac al inundar sus economías con dinero, desde entonces, los países occidentales no han logrado recuperar las tasas de crecimiento de antaño, mientras que las de partes clave del mundo en desarrollo se han mantenido elevadas. En consecuencia, el porcentaje del PGB no ha dejado de descender. Y no es solo en lo económico en lo que Occidente está perdiendo terreno con rapidez. La «marca» Occidente, antes refulgente, ha perdido su aura y ahora presenta a los observadores externos una imagen de profunda indecisión y división, con unas democracias que parecen conceder beneficios solo a unos pocos, lo cual ha restaurado la credibilidad perdida de los liderazgos autoritarios y modelos unipartidistas de dirección económica y política.

Para ciertos comentaristas occidentales, el diagnóstico de Gibbon acerca de la caída de Roma nos muestra una solución obvia: Occidente está perdiendo su identidad ante una oleada de inmigración extranjera, en particular musulmana; debe consolidar sus murallas y reafir-

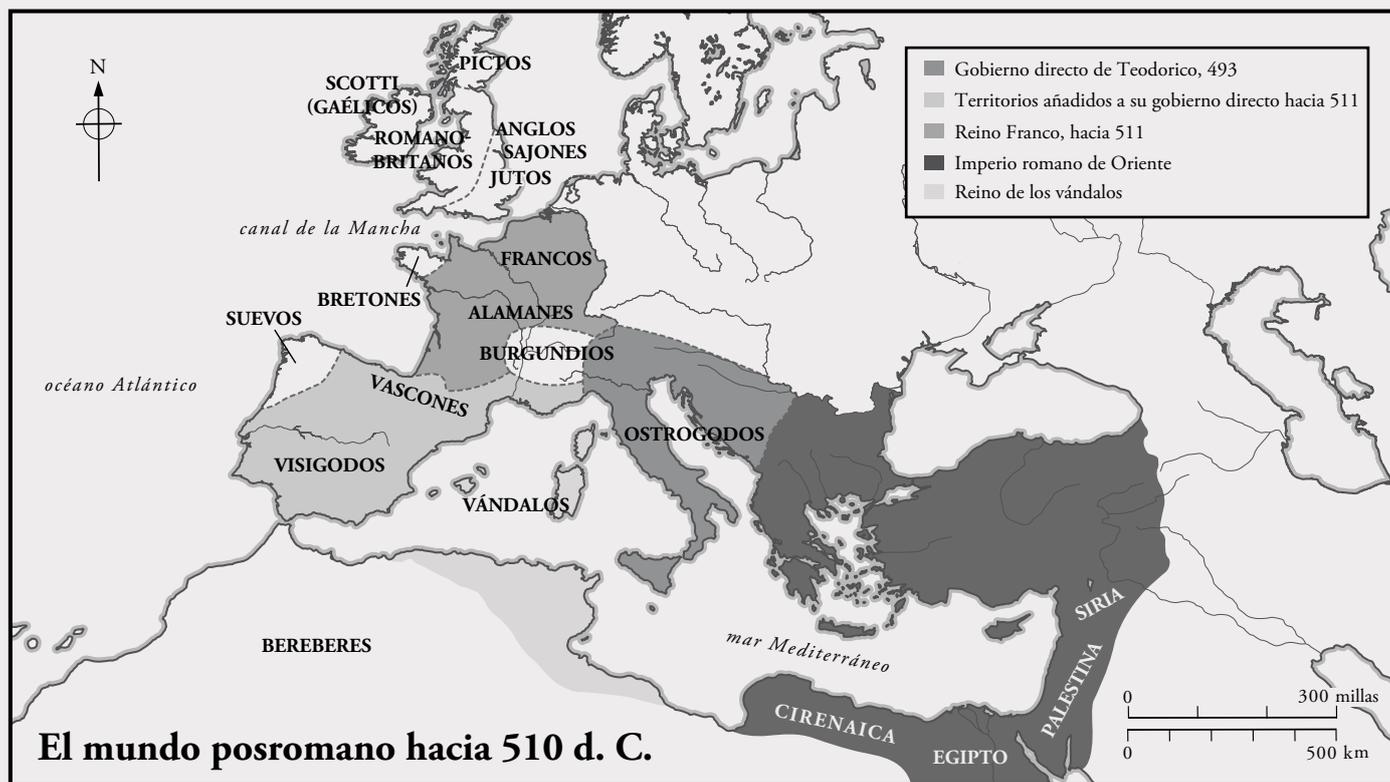
mar sus valores culturales esenciales, o está condenada a volver a recorrer la senda del Armagedón imperial. Sin embargo, la historia de Roma, tal y como la entendemos en el siglo XXI, ofrece lecciones muy diferentes al Occidente moderno.

ROMA, 399 D. C.

Dieciséis siglos –más o menos exactos– antes de la elegíaca celebración de Bill Clinton en relación con sus ilimitadas posibilidades, un portavoz imperial dio en presencia del Senado de Roma el discurso del «estado de la Unión» de la mitad oeste del mundo romano. Era el 1 de enero de 399, el día de la toma de posesión del cónsul más reciente, de una línea ininterrumpida durante mil años. El cargo más prestigioso del mundo romano, puesto que tenía garantizada la vida eterna porque daba nombre al año. El afortunado candidato a la inmortalidad de ese año era Flavio Manlio Teodoro, un jurista y filósofo con un historial intachable de competencia administrativa. El tono de su discurso fue triunfal y anunció el alba de una nueva Edad de Oro. Tras un rápido y halagador saludo a la audiencia –«Es esta asamblea la que me da la medida del universo; veo aquí reunida toda la brillantez del mundo» (un elogio que es probable que ningún parlamentario utilice en la actualidad)–, el portavoz, un poeta que respondía al nombre de Claudiano, fue al grano.

Su discurso presentó dos temas. Primero: la brillantez de la administración que había llamado a un hombre como Teodoro para ocupar el cargo. «¿Pero quién rechazará un cargo insigne bajo tan gran emperador? ¿O cuándo se ofrecerán mayores recompensas a los méritos? [...] ¿Qué edad produjo a un héroe semejante en el consejo o en la guerra? Ahora Bruto [asesino de Julio César] amaría vivir bajo una monarquía». Segundo: la prosperidad estaba consolidada en el imperio. «[...] queda abierta una llanura y el favor está asegurado para el que lo merece; se honra la laboriosidad con la recompensa merecida».

A primera vista, esta alocución parece un modelo de palabrería autocomplaciente de la peor especie, tan del gusto de los regímenes fallidos a lo largo de la historia. El emperador de Occidente del momento, Honorio, era un muchacho de 15 años de edad; el verdadero mandatario era un general llamado Estilicón: un hombre fuerte surgido del ejército y de reciente ascendencia bárbara, rodeado de un séquito de funcionarios que esperaban ansiosos –en el sentido literal de la palabra–



El mundo posromano hacia 510 d. C.

para darle una puñalada por la espalda.¹ Apenas una década más tarde, la ciudad de Roma fue saqueada por un grupo de guerreros bárbaros, inmigrantes recién llegados al mundo romano, liderados por su propio rey, el godo Alarico. El colapso final del reino de Honorio tuvo lugar dos generaciones más tarde. El Occidente romano quedó repartido entre una serie de monarcas bárbaros: los descendientes godos de Alarico se enseñorearon de la mayor parte de Hispania y del sur de la Galia, los reyes burgundios del sudeste de la Galia, los soberanos francos del norte, los vándalos del norte de África y una serie de bandas guerreras anglosajonas invadieron el norte del canal de la Mancha. ¿Acaso el cónsul, emperador, portavoz y el Senado fueron partícipes de una ceremonia colectiva de autoengaño voluntario? Esto era lo que pensaba Gibbon. Según su historia, en 399, Roma llevaba mucho tiempo en declive desde la Edad de Oro económica, cultural y política de los emperadores antoninos del siglo II d. C. y la caída era inminente.

Las generaciones sucesivas de historiadores desarrollaron el modelo de Gibbon, con lo que, hacia mediados del siglo XX, habían elaborado una lista de síntomas de declive que explicaban una historia de claridad meridiana. En primer lugar, estaban los agri deserti, «los campos desiertos», mencionados en la legislación imperial del siglo IV. El campesinado del imperio constituía el 85-90 por ciento de la población total. En un mundo abrumadoramente agrario, los campos desiertos olían, sin duda, a desastre económico, atribuible a un punitivo régimen fiscal, del que los escritos de la época se quejaban regularmente. En

segundo lugar, la podredumbre se transmitió hacia las capas superiores. En la Edad de Oro de Gibbon, las clases altas y medias de Roma dejaron constancia de las distinciones recibidas en vida con inscripciones fechadas en piedra. Estas estelas conmemoraban los honores, cargos y dones, en general edificios y otros servicios otorgados a sus comunidades urbanas locales (la virtud cívica era muy apreciada en el mundo romano). Dos monumentales proyectos decimonónicos de recopilación y publicación de toda inscripción conocida en latín y griego revelaron de inmediato un elemento sobresaliente: a mediados del siglo III d. C., la frecuencia anual de los epígrafes cayó de forma súbita a cerca de una quinta parte de la media anterior.

Este espectacular descenso de los despliegues de autocomplacencia de las clases pudientes del mundo romano, al igual que los campos desiertos, desprendía un fuerte hedor a implosión económica. En tercer lugar, un examen detallado de los papiros egipcios y de las monedas imperiales supervivientes de la misma era refuerza dicho argumento. En la segunda mitad del siglo III, la población imperial tuvo que enfrentarse a una hiperinflación disparada de precios no muy diferente de la Alemania posterior a la Primera Guerra Mundial, alimentada por el envejecimiento progresivo del denario de plata. Envejecimiento, hiperinflación, la pérdida de confianza de las clases superiores y los campos sin cultivar: todo apuntaba a una conclusión obvia. Un siglo antes de la toma de posesión de Teodoro, el imperio estaba en la ruina económica y el auge del cristianismo no hizo más que añadir un cuarto elemento a este caos.

CAPÍTULO 2

IMPERIO Y ENRIQUECIMIENTO

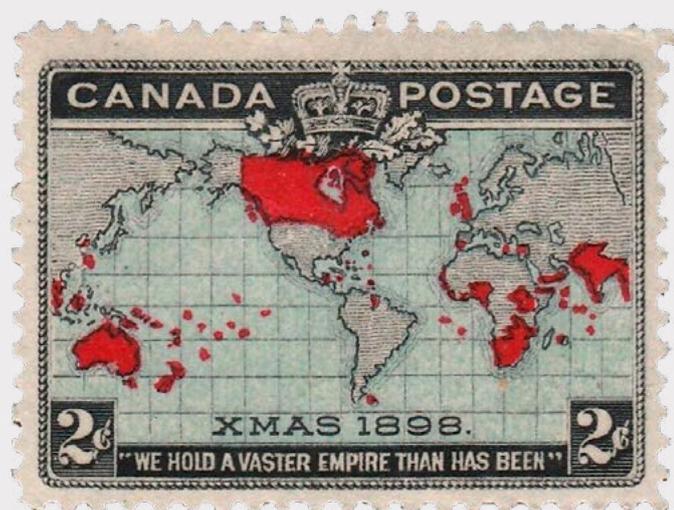
El Estado conquistador original dirigido desde Roma evolucionó hasta convertirse en una vasta comunidad económica euroasiática, con una estructura tributaria común que servía para el sostenimiento del Ejército. Este, a su vez, protegía el armazón imperial, una estructura legal que definía y preservaba la prosperidad de las élites provinciales y el sentido compartido de superioridad moral y ética que les inculcó su educación. El imperio ni siquiera se dirigía desde Roma, pues esta estaba demasiado apartada de las fronteras clave; el Rin y el Danubio en Europa y el Éufrates, orientado hacia Persia. Esta fue la era del «imperio de dentro hacia afuera» dirigido desde nuevos núcleos políticos y económicos mucho más cercanos a la frontera. Pese a que, por motivos prácticos, la división política del imperio fue necesaria, con una mitad oriental dirigida desde Constantinopla y la occidental desde Tréveris en el Rin o Milán en el norte de Italia, la unidad legal y cultural del imperio pervivió. Cuando Teodoro recibió su consulado, Roma era un gran centro educativo, cultural y simbólico, pero eso era todo: «un recinto sacro», como escribió un comentarista del siglo IV, «apartado del camino».

La segunda lección que extraer de la historia imperial romana es prosaica, aunque profunda. Los imperios no son entidades estáticas, «cosas». Son sistemas dinámicos de integración económica y política. Por tanto, todo imperio que perdure en el tiempo evolucionará a medida que la relación entre los diferentes elementos del sistema vaya cambiando, así como transformará las estructuras de conjunto del propio sistema. En consecuencia, los cambios de importancia en la localización del poder económico estarán acompañados con rapidez por las correspondientes transformaciones del poder político.

Esto nos proporciona una lente a través de la cual examinar la evolución del moderno imperio occidental.

Incluso aquellos que niegan su existencia –de acuerdo con el razonable argumento de que no es una entidad única establecida por una serie de conquistas, u organizada desde un único centro metropolitano– no pueden negar la continuidad del crecimiento de la economía occidental, que culminó en su extraordinario porcentaje del PIB global del año 1999. En ese momento, a pesar de sus orígenes violentos y competitivos –el primer y verdadero conflicto global de la historia de la humanidad se libró entre Gran Bretaña y Francia en una serie de guerras del siglo XVIII– la posición de dominio global del bloque occidental de naciones se basó en niveles profundos de integración económica interna, en términos de comercio, flujos de capital y migración humana. Multitudes enormes de inmigrantes de los viejos centros europeos del imperio contribuyeron a la creación de su sucesor –el moderno Estados Unidos–, por lo que no sorprende que existan importantes vínculos y valores compartidos, manifiestos en los enlaces matrimoniales entre las élites estadounidenses y europeas o la imitación estadounidense de modelos de cultura europea. Cuando Vanderbilt trasplantó el pináculo de la alta cultura europea, la universidad, a Estados Unidos y financió un centro que, con el tiempo, llevó su nombre, a los candidatos a estudiar en ella se les exigió trabajar con fluidez en latín y griego.

A la larga, esta cultura imperial común, el equivalente moderno al latín, las ciudades y las togas halló su expresión legal, financiera e institucional: un homólogo moderno al ascenso de las provincias hacia la dominación económica y política dentro del Estado imperial romano de adentro hacia afuera del siglo IV. Después de la Segunda Guerra Mundial, cuando Estados Unidos gozó de una etapa de hegemonía tan completa que podía disciplinar a sus inquietos aliados, se creó una serie de instituciones –Naciones Unidas, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), la OTAN, el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), la OCDE, el G7– que consagraron el dominio global de los gobiernos occidentales y de los principios que respaldaban: mercado, libertad, democracia, soberanía nacional y orden multilateral. Aun aceptando sus diferencias en cuanto a los detalles de sus modelos nacionales respectivos (en particular de la provisión de servicios gubernamentales y la política exterior) los países de Occidente se unieron en torno a un conjunto de valores compartidos que facilitaba un alto grado de cooperación en sus relaciones. Para supervisar todo, como en la Antigua Roma, había una potencia militar dominante, Estados Unidos, capaz de garantizar un mínimo de continuidad y estabilidad en los confines más apartados del imperio.



CAPÍTULO 5

TODO SE DERRUMBA

Los sistemas imperiales se desintegran por todo tipo de razones. Algunos son conquistados. Los mongoles llegados de la estepa euroasiática barrieron a los Song de China en el transcurso de cincuenta años de campañas brutales. Otros se derrumban a causa de puntos flacos en su estructura interna. El Imperio carolingio –centrado en Francia, el oeste de Alemania e Italia– fue un movimiento expansivo de tres generaciones basado en una ventaja militar momentánea, que se desmoronó con la misma rapidez con la que surgió. El fin del Imperio romano de Occidente no encaja en ninguna de estas categorías básicas.

Los forasteros armados de más allá de las fronteras –los pueblos que los romanos tachaban sin más de «bárbaros»– tuvieron algo que ver con su fin. Hacia 500 d. C., la gran mayoría de los territorios del antiguo Imperio romano de Occidente estaba controlado por grupos de bárbaros militarizados que habían cruzado la frontera en el transcurso del siglo precedente. El centro y sur de Britania estaba siendo repartida entre los caudillos guerreros anglosajones llegados del otro lado del mar del Norte. El norte de la Galia estaba gobernada por la dinastía franca de los merovingios y el sudeste de la Galia pertenecía a los soberanos burgundios. Los monarcas visigodos regían el sudoeste de la Galia y el grueso de la península ibérica y sus homólogos ostrogodos hacían lo propio en Italia, Sicilia y la costa dálmata. La gran ciudad de Cartago y las ricas provincias norteafricanas eran dominios de la dinastía Asdinga, en cabeza de una coalición de guerreros vándalos y alanos.

Con todo, muchos de estos nuevos reinos no fueron creados por simple conquista. El músculo militar extranjero que sostenía a dos de ellos –el visigodo y el de vándalos y alanos– ya estaba presente en suelo del Oeste romano en el año 410 d. C., pese a que el último detentador del trono imperial de Occidente no fue derrocado hasta setenta años más tarde. De igual modo, fue el propio gobierno del Imperio romano de Occidente el que estableció a los burgundios en suelo romano en la década de 430, mientras que los reinos franco y ostrogodo solo nacieron después de la destitución de Rómulo Augústulo –al que la tradición considera el último emperador romano de Occidente– en septiembre de 476. El Imperio romano de Occidente acabó en manos de dinastías bárbaras, pero no fue ninguna conquista mongola.

Escenificado en el transcurso de dos siglos y medio, el desmantelamiento total del sistema imperial

–como evidencia incluso este breve resumen– implicó complejas interacciones entre un elevado número de factores dispares. Esto explica por qué, a lo largo de los años, ha habido tantas explicaciones diferentes a la caída de Roma. Es también evidente que el moderno imperio occidental no ha caído, no lo hará de inmediato y, de hecho, no tiene por qué caer del mismo modo que su predecesor de la Antigüedad. La economía de Roma era fundamentalmente agraria y estática, lo cual convertía la riqueza y el poder en los niveles superiores en un juego de suma cero. Para que hubiera un ganador político era necesario que hubiera perdedores. El poder se basaba en el control de una reserva más o menos estable de activos agrícolas y, si el sistema comenzaba a enfrentarse a desafíos de importancia, no era posible generar grandes cantidades de riqueza con la que esquivar los problemas mediante el incremento del número de ganadores. Esto también es mucho menos evidente en el caso de su homólogo occidental moderno, cuya historia, como hemos visto, se ha caracterizado por siglos de crecimiento económico exponencial.

Aun así, existen numerosos motivos para asumir que el ciclo vital imperial del moderno Occidente ha alcanzado, como mínimo, un punto de inflexión importante. En menos de dos décadas, su porcentaje del PIB global ha caído en más de una cuarta parte, lo cual es evidente que es mucho más que un simple traspíe. Con este telón de fondo, la comparación con el desmantelamiento del sistema romano, pese a las muchas diferencias de contexto y detalles precisos, continúa, en nuestra opinión, teniendo un gran poder explicativo. No obstante, llegados a este punto, la comparación debe continuar de un modo algo diferente, dado que la caída de Roma se ha consumado, mientras que la futura historia de Occidente contiene numerosos enigmas (tanto de la variedad conocida, como de la desconocida). No es posible, por tanto, seguir con la comparación en paralelo. A pesar de ello, en el mundo moderno es ya evidente una serie de pautas en desarrollo que nos permite emplear la historia romana para demostrar, primero, que Occidente apenas está empezado a experimentar los primeros compases de una crisis que podría llegar a ser existencial; y, segundo, que esta crisis se basa en los mismos componentes clave que socavaron a su homólogo romano de la Antigüedad. El mejor lugar donde iniciar el análisis es un breve estudio de los factores clave en el corazón del colapso de Roma.

CAPÍTULO 7

EL PODER Y LA PERIFERIA

Nunca se destacará lo suficiente la trascendencia de este giro radical en la historia del mundo. Sus consecuencias están teniendo lugar en la actualidad, pero semejante transformación revolucionaria en la distribución del poder económico global solo puede tener enormes, y paralelas, consecuencias políticas. Por primera vez, el imperio occidental se enfrenta a la competencia de una superpotencia a su altura. La vieja Unión Soviética nunca tuvo una fuerza económica acorde a sus ambiciones militares y fue incapaz de extender su influencia global, pues apenas podía proporcionar apoyo económico a un puñado de clientes en el extranjero (*vid.* pág. 76). De igual modo, a pesar de la retórica del resurgir de la Guerra Fría, los intentos de Vladímir Putin de restablecer la grandeza de Rusia no han hecho gran cosa para cambiar esta situación. La economía rusa se basa, sobre todo, en la venta de petróleo y gas, que ya estaban en peligro a largo plazo debido a la transición mundial hacia los combustibles no fósiles. La implosión económica provocada por las sanciones occidentales tras la invasión putiniana de Ucrania en 2022 subrayó cuán frágil y limitada que es la base económica rusa. Aunque los intentos del país de socavar las democracias occidentales por medio de guerra cibernética han logrado a veces resultados impresionantes, en última instancia, todo esto depende de la cooperación de títeres occidentales más o menos predispuestos, ya sea para reenviar correos electrónicos, financiar campañas políticas desestabilizadoras o hacer circular noticias falsas. Incluso la celebrada maquinaria bélica de Rusia, una vez se lanzó contra las fuerzas armadas ucranianas, más pequeñas, se mostró torpe, anticuada y a menudo inepta.

China presenta un panorama del todo diferente. Aunque sus fuerzas armadas aún no han experimentado un gran conflicto, su porcentaje del PIB global ronda el 16 por ciento (cuando el de Rusia, en comparación, es

un 2 por ciento). Su Gobierno autoritario, además, puede limitar tanto el consumo privado como el presupuesto público en sectores como el gasto social, lo cual le permite dirigir casi la mitad de la producción económica total a nuevas inversiones. Se trata de una cifra asombrosa que duplica, e incluso triplica –en el caso de un rezagado como el Reino Unido– al de la mayoría de los países occidentales, entre los cuales incluso los frugales suizos apenas alcanzan un tercio. También significa que China tiene efectivo en abundancia para proyectar poder en el extranjero.

Hasta el momento, el renovado estatus de superpotencia de China, entrelazado con el impulso económico que empieza a arrancar en la mayor parte del mundo en vías de desarrollo, se ha expresado sobre todo en el terreno del poder blando. Aunque todavía sigue bajo dominio occidental, el sistema financiero global ha empezado a depender cada vez más de flujos financieros del mundo en desarrollo; Hong Kong, Singapur, Shanghái y Dubái han devenido centros bancarios comparables a las viejas capitales financieras de Londres, Nueva York y Zúrich. En una era en la que Occidente ha recortado, en general, los presupuestos de ayuda exterior, China ha dado un paso adelante para ocupar el vacío dejado, lo que le ha granjeado numerosos aliados diplomáticos gracias a su ayuda exterior. Basta con dar un paseo por Adís Abeba o Lusaka, con sus grandes y nuevos rascacielos de oficinas, centros comerciales y carreteras de fabricación china, para ver la rapidez con la que China está extendiendo su impronta, en particular en el continente africano. Como resultado de ello, un ejecutivo tras otro ha abandonado a Taiwán, la provincia rebelde a la que se retiró el Gobierno nacionalista de Chiang Kai-shek en la época de la Revolución comunista y reconocen Pekín, y no Taipéi, como el verdadero gobierno de China.



DOSIER DE PRENSA

CONCLUSIÓN

En el momento en que este libro llega a su conclusión, el moderno Occidente todavía no se halla ante la «última oportunidad» a la que se enfrentó el Occidente romano a finales de la década de 460. Las naciones constituyentes del moderno imperio de Occidente todavía controlan abundantes recursos, pese a que estos han declinado mucho, en términos relativos, con respecto a su apogeo de finales del milenio anterior. De igual modo, nuestra comparación con el ascenso y caída del Imperio romano presenta dos ideas de claridad diáfana. La primera es que, al igual que la Antigua Roma, el moderno imperio de Occidente se enfrenta a una crisis que ha provocado él mismo, pues las operaciones de sus estructuras han estimulado el ascenso (al fin) de una verdadera potencia competidora que está a su altura, así como de nuevas y asertivas potencias en la antigua periferia imperial de Occidente. El ascenso de tales entidades, comparable a los que acontecieron en el mundo romano en los siglos IV y V, ha generado profundas brechas en el sistema imperial occidental a dos niveles, toda vez que los líderes occidentales rivales debaten cuál es la mejor manera de responder a este nuevo orden posimperial, donde una prosperidad sin precedentes para algunos depende de la erosión del nivel de vida de muchos otros.

Occidente no se halla en un momento crucial equivalente al de finales de la década de 460, pero sí que se encuentra en una situación parecida a la que afrontaron los dirigentes romanos unas pocas décadas antes, a principios del siglo V. Al igual que Roma, Occidente encara problemas financieros de una gravedad suficiente como para amenazar todo el contrato fiscal en el que se basa el orden social existente: al contrario que Roma, el actual Occidente no tiene la opción de volver a colonizar ricos territorios con los que restablecer su base de recursos. La pérdida masiva de ingresos que siguió a la desposesión del norte de África todavía no ha sucedido, si bien hasta cierto punto esto

se debe a un instrumento del que no disponían los mandatarios de Roma: la deuda. Esta ha permitido a gobiernos y ciudadanos tomar prestado a expensas de futuros ingresos, lo cual significa que la crisis de ingresos solo se ha pospuesto. Aun así, el ascenso de una superpotencia competidora de su nivel, como es el caso de China, es un hecho irreversible, al igual que el surgimiento en la vieja periferia imperial de una serie de poderosas y nuevas entidades. Si la Antigua Roma pudo contener el derrumbe imperial total hasta una época muy tardía, es indudable que la trayectoria actual hacia el colapso de Occidente es igualmente reversible, siempre y cuando este acepte que no puede (y no debe) tratar de restablecer el viejo orden colonial de dominación mundial.

No obstante, una respuesta positiva a la defunción del viejo orden, que nos permita lograr el mejor desenlace posible, requerirá una serie de difíciles ajustes, además de los que ya se han hecho. En los países occidentales será necesario un debate mucho más honesto acerca del papel de la inmigración en el contexto de sus poblaciones, donde el constante envejecimiento y unos índices de natalidad que no muestran signos de remontar crearán tasas de dependencia social cada vez mayores. En el extranjero será necesario dar un trato mucho más solidario e igualitario a las potencias emergentes que comparten importantes legados culturales e institucionales con las viejas potencias de Occidente, si aspiramos a una posibilidad real de construir una nueva coalición con poder suficiente para competir con China en pie de igualdad. Estos no son los mensajes fáciles que se venden a los electorados occidentales, tales como «los inmigrantes nos quitan el trabajo» o la falsa creencia, fácil de demostrar, de que actuar en solitario –«anteponer» a Estados Unidos, al Reino Unido o Polonia– permitirá a cualquier nación occidental obtener mejores tratados comerciales con China –o con la India, para el caso–, que si actúan en bloque.



DOSIER DE PRENSA

Contacto y entrevistas:
Guillermo Escribano - Comunicación
Tel. 616 404 434 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

